

## **LA ESCUELA CONECTADA A LA VIDA**

**Alba Lucía Trujillo González**

**Hafis Zamir Lemir Gallo**

**Nodo Eje Cafetero**

Vivimos un capítulo inédito como humanidad; se han despertado las alarmas en cuanto a los temas ambientales... Hay una nueva reflexión acerca de cada aspecto de la condición humana: económico, político y educativo. En la esfera educativa se han dado grandes debates acerca de la pertinencia de los modelos pedagógicos implementados en la escuela y como nunca antes hemos podido constatar la inoperancia de un sistema que privilegia lo cognitivo por encima de lo afectivo, relacional e incluso trascendente.

El confinamiento o aislamiento preventivo nos ha hecho repensar. No se trata solo de un tema de disponibilidad de recursos (sabemos que son insuficientes); debemos resignificar el horizonte de la educación pensando en una escuela para todos y proponiendo un abanico de lenguajes y posibilidades de acercamiento, desde la distancia. Ante el reto aparece la creatividad de los maestros y maestras, las ganas de los niños y las niñas de continuar aprendiendo y la fortaleza de las familias. Hay un ciclo de vida.

En este sentido nace en nosotros como maestros de básica primaria del sector rural todas las preguntas propias de una situación como esta, que nos interpela, nos pone en diálogo principalmente con nosotros mismos. Sin previo aviso y con un sentimiento de vulnerabilidad, fuimos lanzados a vivir esta experiencia, en las mismas condiciones. Al vernos sin conexión, sin equipos, y como único recurso un teléfono móvil con unos cuantos datos para acceder a una guía, un audio o un video.

Sin miedo a lo poco, pero con fe en lo mucho que nuestros niños y niñas sueñan su futuro, fue que comenzamos a diseñar y construir una manera fluida para que la escuela continúe, “a pesar de”...y fue así que entre mensajes de voz, citas de zoom y video-llamadas, fueron surgiendo las ideas. Como dijo un estudiante: “una tempestad de ideas”. El primer paso fue pensar en la escuela como un todo orgánico, una totalidad integrada a la vida, no como algo externo que mira por fuera la situación de una pandemia sino como un “nosotros” susceptible, vulnerable, adolorido y dolido. Quisimos desde el principio que los niños y las niñas supieran que la escuela tiene preguntas, respuestas, dudas, incertidumbres, tristezas y miedos que resolver como los de ellos; que en este contexto todos estamos en la casa, cuidándonos sí, pero al mismo tiempo aprendiendo unos de otros. El uno para el otro y viceversa. La escuela sigue siendo la misma en su esencia, siguen los estudiantes, los profesores, padres de familia, administrativos y la comunidad en general; todos quizás no estamos en un mismo punto reunidos pero sí están unidas las fuerzas, la creatividad, la alegría de los pequeños, la fe de nuestros abuelos, el tesón de los padres y madres de familia para salir adelante. Tenemos un terreno abonado por años de experiencias llenas de sentido. Es hora de hacer nuevas siembras y recoger sus frutos.

Fue fácil entender que la maestra era la vida misma, los libros de texto pasaron a segundo orden, las tablas de contenido no marcarían nunca más los derroteros y surgió, de esta manera, la idea de llevar a cabo una pedagogía consciente, vinculante e integradora, donde el laboratorio de experiencias había cambiado de domicilio, ahora habitaba en cada hogar. Así que el popurrí de proyectos, secuencias didácticas y actividades que, cotidianamente desarrollábamos en la escuela, tuvieron que transformarse en proyectos familiares, donde los saberes y experiencias de padres, abuelos, cuidadores, niños, niñas y maestros, se tejen y convergen en un diálogo fraterno.

El reto se convirtió entonces en una oportunidad. Comprendimos que el aislamiento obligatorio debe ser una experiencia pedagógica enriquecedora de la que todos podemos sacar el mayor provecho. Las familias, los niños y las niñas necesitan herramientas para comprender una situación interpelante como es la pandemia; ellos realmente quieren saber cómo se da, por qué se da y qué sucederá, preguntas todas propias de un investigador. Así que comenzamos a diseñar los contenidos: leyendo nuestras emociones, las noticias, los comentarios de las redes, las angustias y el optimismo que circula cada día. Esos fueron nuestros insumos.

¿Cómo sacarle el jugo al aislamiento obligatorio y convertirlo en una experiencia pedagógica enriquecedora? La respuesta, para el pedagogo Francesco Tonucci, es sencilla: convertir la casa en un "laboratorio" donde los padres sean los asistentes de los maestros y en el que cada espacio, desde la cocina hasta un cajón de fotos viejas, se convierta en la oportunidad de aprender algo nuevo.

Sin lugar a dudas, el eje articulador de nuestra experiencia es el lenguaje: La lectura, la escritura y la oralidad, a través del cual no solamente nos comunicamos, sino que construimos proyectos semanales sobre situaciones que movilizan nuestros intereses en este tiempo, como la salud física, mental y emocional, el mercado y las compras en tiempos de pandemia, la alimentación, las recetas, etc.

El lenguaje nos ha permitido entablar un diálogo de saberes con otras áreas, un diálogo cercano y solidario, a través del cual hemos elaborado una planeación mandálica, que ha posibilitado desarrollar una práctica pedagógica unificada y en armonía con el contexto. Las matemáticas con sus estadísticas, barras y sin número de graficas se convirtieron en un pretexto; la situación social hizo pensar en la historia, en nuestros antepasados que vivieron situaciones similares. Ciencias naturales nos dio lecciones sobre alimentación, cómo entender estos fenómenos al interior del cuerpo... Así, de manera precisa, descubrimos en conjunto que ningún área queda por fuera, puesto que ellas son parte de la vida, de la totalidad de la que hablamos.

Finalmente, cada semana, en encuentros vía whatsapp, proponemos a las familias y a los niños proyectos integradores creativos, donde el dialogo, el juego, la actividad física, el arte

y el autocuidado son la mejor evidencia para saber que se está aprendiendo, se está leyendo y escribiendo en familia sobre aquellos asuntos genuinos, asuntos que nos convocan como sociedad. Por su parte, familias y estudiantes han dado lo mejor de sí, comparten sus experiencias a través de fotografías y videos demostrando su compromiso y disfrute en cada momento vivido. Los maestros nos hemos ocupado de estar siempre allí, atentos a las preguntas, las incertidumbres, los aciertos y logros de nuestros estudiantes, ahora más que nunca nos necesitamos los unos a los otros.

Esta experiencia nos ha hecho recordar que la tecnología sigue siendo un medio y no un fin, que la escuela debe tener una relación dialógica con la familia, pues ella educa, que los abuelos conocen de todo porque han vivido lo suficiente y que en cualquier rincón de la casa puede haber una pregunta y sobre todo una respuesta.